

conoce el autor, y es evidente que sólo dependía de su arbitrio el criterio con que había de seleccionar sus propios trabajos. Pero, sin coartar para nada su libertad, es cierto también que la adopción del criterio le planteaba una alternativa: o incluir todos los trabajos publicados ya por él, sin las exclusiones justificadas (ni otras que no justifica), y acaso completarlos con otros que ayudarán a cumplir lo que el título promete; o bien cambiar el título, reduciendo la ambición de su alcance a las dimensiones de lo que el texto ofrece de hecho.

Desde luego, hubiera sido preferible para la mejor información de todo el mundo, y más equitativo, mantener el título de la obra y acomodar el contenido de ésta a lo que el título mismo denota. Y este parecer podría apoyarse con varios ejemplos de omisiones no justificadas por el autor; para citar sólo uno, es singular que no haya en la obra de Gaos mención alguna del libro de Samuel Ramos *Filosofía de la vida artística* (Espasa-Calpe, Argentina, 1950), el cual, aparte de sus méritos intrínsecos, es una de las poquísimas obras sistemáticas de estética que se hayan producido en México.

Pero una selección de trabajos propios es lo mismo que una antología de trabajos ajenos: lo que más patente se hace en ella, por afinidad, es la personalidad del seleccionador, o aquel aspecto de ella que se manifiesta en sus propensiones y predilecciones. Contrasta, en efecto, con las omisiones, justificadas o no, el amplio espacio de más de sesenta páginas dedicado a la llamada "filosofía del mexicano" y sus cultivadores. Sería conveniente desvanecer el equívoco de esta expresión, "filosofía del mexicano", por la cual puede entenderse la sociología, la psicología, la ética sobre todo, que versen sobre modos de ser del mexicano; y puede entenderse también la filosofía que haga el mexicano al ocuparse de los mismos problemas de que se ocupa la

filosofía en todas partes. Y si esta última filosofía ha llegado a ser realmente valiosa, entonces la madurez espiritual y la capacidad de creación que revele su pensamiento universal acaso logren convencernos de que lo decisivo, filosófico y mexicanamente hablando, es ser filósofo uno mismo, activa y auténticamente.

En suma, el lector extranjero en cuyas manos se encuentre un libro titulado así: *Filosofía mexicana de nuestros días*, y escrito por un profesor de tal relieve, está autorizado a preguntarse antes de abrirlo: ¿Qué novedades importantes han traído los filósofos mexicanos contemporáneos? ¿Qué ideas originales se han producido, con mayor o menor fuerza de persistencia, sobre metafísica, sobre teoría del conocimiento, sobre estética y antropología, sobre filosofía de la historia? El libro de Gaos no responde adecuadamente a esas preguntas.

El profesor Gaos está excepcionalmente dotado, por sus capacidades personales y por su preparación, para escribir estudios de filosofía con el dominio técnico, el rigor metódico y la agudeza analítica que exhibe en sus cursos y seminarios. Para ello no se requieren capacidades literarias excepcionales. Pero es un hecho que la mayoría de los trabajos de Gaos se orienta precisamente hacia el sector más "literario" de la filosofía; y no deja de ser desconcertante la decisión que ha tomado, y que ha mantenido durante años, de descuidar en sus escritos aquella parte de su trabajo que es más valiosa filosóficamente y en la cual se manifestarían mejor sus cualidades intelectuales.

N.

*La conciencia del hombre en la filosofía.* Introducción a la filosofía, por Leopoldo Zea. Imprenta Universitaria, México, 1953.

Este libro de Leopoldo Zea, anterior a todos los ya publicados por él, salvo,

tal vez; su historia de *El positivismo en México*, fué concebido originariamente bajo la forma de lecciones para el Centro de Estudios Sociales del Colegio de México, en el primer semestre del año de 1944.

Esta circunstancia permite descubrir en él con claridad el conjunto de ideas y actitudes que determinaron el desarrollo posterior del pensamiento de Zea.

Anotemos sobre todo el carácter historicista de la exposición. En general, existen tres posibilidades en cuanto a la presentación del desarrollo del pensamiento filosófico en la historia: pueden exponerse las ideas filosóficas simplemente como una sucesión de pensamientos, a propósito de ciertos aspectos del mundo o del hombre, adornándolos con algunos datos biográficos de sus creadores, o bien ser presentadas como un conjunto de ideas y concepciones que surgen necesariamente las unas de las otras en virtud de una dinámica immanente al pensamiento mismo, o, finalmente, como una sucesión de pensamientos que no sólo se refieren al mundo y al hombre sino que están condicionados, en su nacimiento y desarrollo, por la situación del hombre en el mundo y cuyo sentido último es expresión de esa relación entre hombre y mundo.

Esta última idea "historicista" de la historia de la filosofía supone que la operación de "comprender" una filosofía como expresión de una circunstancia humana, integrada por elementos no sólo filosóficos sino también religiosos, morales y económicos, nos pone de inmediato frente a la significación última y definitiva de las ideas y de su desarrollo a lo largo de la historia. "Creo —nos dice Leopoldo Zea— que a la filosofía no se entra si no se penetra, simultáneamente; en esa vida concreta de que es expresión. Todos los sistemas filosóficos, aun los más difíciles, se hacen asequibles si se capta su sentido humano. De otra manera sólo se

presentan como palabras huecas y juegos racionales, sólo buenos para la pedantería."

Tal es el método seguido por Zea, al mostrar, por ejemplo, de qué manera "la filosofía de Platón tiene, como toda la filosofía griega, su origen en la vida política. Su obra es una obra de 'decepción'. Platón está decepcionado de la *polis*..." y toda su filosofía no sería sino la búsqueda de los criterios que permitan descubrir de manera infalible a los hombres excelentes dignos de gobernar a la ciudad y capaces de restaurar su esplendor.

En esta medida, el libro cumple perfectamente su cometido. La presentación que en él se lleva a cabo de la historia de la filosofía desde los presocráticos hasta el nacimiento del espíritu moderno muestra con claridad las articulaciones del pensamiento filosófico con las circunstancias dentro de las cuales se desarrolló y a cuya luz cobra sentido.

Uno puede, ciertamente, preguntarse si el sentido de una filosofía se agota en su puro ser expresión de las circunstancias meramente fácticas y de los problemas que con vista a ellas aquejaron a un hombre o a una época, y si lo que una filosofía "dice" no prima absolutamente sobre aquello que la condiciona. La filosofía no es sólo un indicio de una situación humana sino también, y tal vez sobre todo, un juicio sobre una realidad cualquiera. En todo caso, es indudable que el dar razón del primer aspecto de la cuestión no es totalmente irrelevante en cuanto al segundo.

El mismo Zea apunta ya, en el prefacio de la obra que reseñamos, hacia una superación del historicismo en una filosofía del hombre: "la historia de la filosofía —nos dice— es la historia de la conciencia del hombre. En ella se expresa el conflicto interno del hombre, la pugna entre el yo y el mundo que ha hecho posible la cultura dando origen a esa serie de hechos que llamamos historia de la Humanidad. En

esta historia la concatenación no se realiza entre filosofemas o ideas abstractas, sino entre una serie de problemas concretos cuya solución se convierte, a la postre, nuevamente en problema. Los problemas que el hombre ha tenido que enfrentar y las soluciones que ha venido dando a los mismos, se van encadenando en una dialéctica sin fin. Esto es lo que se ha querido hacer patente en este libro”.

Sea de todo esto lo que fuere, el libro es, sin duda, una excelente introducción histórica a la filosofía que prestará inapreciables servicios, entre otras razones porque, al señalar el horizonte histórico de la filosofía, no da por supuesta la información del estudiante que suponen los manuales introductorios de origen europeo, corrientes en nuestro medio.

JORGE PORTILLA

*Conciencia y posibilidad del mexicano*, por Leopoldo Zea. Colección México y lo Mexicano, Porrúa y Obregón, México, 1952.

*América como conciencia*, por Leopoldo Zea. Ediciones Cuadernos Americanos, N° 30, México, 1953.

*El Occidente y la conciencia de México*, por Leopoldo Zea. Colección México y lo Mexicano, Porrúa y Obregón, México, 1953.

Los títulos de los tres volúmenes que aquí vamos a comentar dan a simple vista la pauta de las preocupaciones de su autor. Leopoldo Zea, desde el principio de su brillante carrera, se ha distinguido por la originalidad y agudeza con que ha abordado el tema que nos es más propio: la posibilidad de una filosofía mexicana, o mejor todavía, la posibilidad de una auténtica filosofía americana. Se comentan, pues, conjuntamente, estos tres libros porque están animados por tal espíritu, y por lo mis-

mo, parten de ciertas bases que les son comunes.

Se quiere decir que si se hace una filosofía americana con la sola pretensión de que sea americana, tal filosofía estará condenada al fracaso, pues el sentido de esta investigación es considerar a lo americano no como fin en sí, sino como punto de partida para lograr un objetivo más amplio; alcanzar una verdad válida para todo hombre que se encuentre en una situación semejante a la nuestra. “Esta nuestra filosofía no deberá limitarse a los problemas propiamente americanos, a los de su circunstancia, sino a los de esta circunstancia más amplia, en la cual estamos insertos como hombres que somos, la llamada Humanidad... Hay que intentar hacer pura y simplemente Filosofía, que lo americano se dará por añadidura.”

Y es que no hemos hecho auténtica filosofía porque hemos reflexionado sobre lo reflexionado por otros, hemos puesto atención a problemas surgidos en circunstancias ajenas, preocupándonos más por saber si somos o no filósofos, que por saber si estamos o no en el camino de la verdad, esperando la patente de filósofos que otorga la cultura europea. Debemos convencernos, pues, de que hay que filosofar sin preocuparnos de que esta actividad sea o no reconocida como filosofía; esto es, debemos partir de los problemas que plantea la realidad americana con aspiración a lograr una solución humana.

El americano tiene ahora motivos especiales para interrogarse por la posibilidad de una filosofía americana, y con ella, de una cultura también auténticamente americana, pues antes no había tenido necesidad de plantearse esta cuestión: “había vivido cómodamente cobijado por la sombra del árbol de la cultura europea”, utilizando el instrumental que esta cultura proporcionaba, para resolver bien o mal sus problemas. Pero un buen día “el hombre europeo —el cultivador del árbol abrigador— lo corta y arroja al fuego por